

ÉLUARD VISTO POR CERNUDA. SU POSICIÓN COMO TRADUCTOR

FRANCISCO ONIEVA RAMÍREZ

El primer acercamiento de Cernuda a la mejor tradición francesa – Lautréamont, Baudelaire, Mallarmé, Rimbaud, Gide, Reverdy...- se remonta a sus años de estudiante en la Universidad de Sevilla, a las frecuentes reuniones en casa del profesor Salinas de una serie de estudiantes, entre los que se encontraba el joven escritor sevillano. Dicha iniciación se completa con su estancia en Toulouse, como lector en “l'École Normale”, entre 1928-29.

En la poesía escrita durante sus años de lector se aprecia la influencia del surrealismo francés, junto a un profundo conocimiento y aprovechamiento de la tradición española. Buena muestra de ello son los primeros poemas de *Un Río, un Amor*. Entre los principales estandartes del nuevo movimiento francés, destaca, por su singularidad y honda expresión, la obra de Paul Éluard.

Cernuda conoce su obra en estos años –al igual que la de Bretón, Aragón, Crevel o Apollinaire– y le rinde homenaje con la traducción de algunos poemas de *L'Amour la poésie*, publicados en la revista *Litoral*, en junio de 1929. Entre la obra de ambos subyace una cierta sintonía, que, posteriormente, se concretará en dos obras muy distintas, pero asentadas en unos presupuestos coincidentes.

Al poeta sevillano, al igual que al escritor francés, no le interesa la escritura automática, sin más, aunque sabe servirse de las técnicas surrealistas. La escritura automática no debe ser el fin de la creación, que de este modo quedaría relegada a un mero juego autófago; sino, más bien, un medio para expresar la interioridad del “yo” poético, para analizar el conflicto existente entre el “yo” y el mundo. Cernuda huye del automatismo surrealista a través de las imágenes, que, aunque pretenden una expresión lo más directa posible, se sustentan sobre una base consciente, no llegando de este modo, en ningún momento, a la arbitrariedad y autonomía de las imágenes surrealistas francesas.

Por otro lado, le atrae del escritor francés la búsqueda de una expresividad más contenida que la de sus coetáneos; una expresividad que no está en función de la imaginería, sino de la plasmación de una interioridad sentida como una verdad íntima e incontestable, que se concreta poéticamente a través de la precisión y autenticidad en el lenguaje.

La traducción la realiza desde el respeto y la admiración, pero no ve su obra como la “Obra” con mayúsculas, como el texto sagrado e intocable. Enfoca su tarea desde la posición del creador consciente de una tradición literaria, que maneja con tino todos aquellos materiales que se le ofrecen, y que asimila la obra del autor traducido. Eso sí, en semejante tarea de asimilación nunca pierde de vista el modelo ni desvirtúa su significado original; simplemente, hace hincapié en aquello que más le interesa para su

proyecto poético.

En este sentido, lo primero que llama la atención del lector es que la disposición de los poemas no sigue el orden establecido por Éluard; sino que Cernuda los numera de tal modo que, dentro de la brevedad del corpus, se encuentran integrados bajo una forma orgánica. Cada poema tiene necesariamente un orden, según el cual tendrá una significación concreta. Se evita, de este modo, la mera amalgama de unos poemas tras otros.

El objetivo central de sus traducciones es conectarlas con el tema que rige toda su producción poética: el enfrentamiento angustioso entre la realidad y el deseo. La condición humana se define por un continuo deseo. Solamente así podemos entender que, cuando el ser humano obtiene lo que desea, tome conciencia de que eso no es lo que esperaba, con lo cual revive en él un nuevo deseo. De este modo, se establece una relación de atracción y hostilidad con lo real. Semejante anhelo no se satisfará nunca, convirtiéndose en una fuente de frustración y depósito de desilusión. La desilusión lleva al “yo” poético a centrarse sobre él mismo, al tiempo que le genera una profunda soledad. Dicha relación conflictiva entre la realidad y el deseo sólo podrá reconciliarse momentáneamente a través del amor. Asistimos, por tanto, a una retroalimentación de temas.

Entendida la premisa anterior, podemos afirmar que, más que traducir, Cernuda adapta la obra de Éluard, en la medida en que ve un ejemplo coincidente con su propio proyecto poético. No obstante, hay una diferencia sustancial con el autor francés. Éste ordena toda su cosmovisión alrededor del “yo”; Cernuda, en cambio, enfatiza la posición del “tú” en la relación amorosa. El otro adquiere una posición nuclear en ella, en tanto y en cuanto tiene la llave para intentar diluir el conflicto entre la realidad y el deseo, provocando la reconciliación del “yo” con él mismo y con el universo. Se pasa, así, de una cosmovisión egocéntrica a otra centrada en la otredad.

En el proceso de enfrentamiento del deseo ardiente del “yo” poético con el mundo, juegan un papel importantísimo los sueños. Las aspiraciones se estrellan casi siempre con el muro del mundo, convirtiéndose los sueños en un depósito de vida y desilusión al mismo tiempo. Son los que dan elevación moral al individuo, al tiempo que lo hundan en la más absoluta miseria. Tal dualidad hace del tema del sueño uno de los principales resortes de la obra cernudiana.

En el momento que los sueños toman cuerpo se produce la elevación moral a través del amor. Pero, en este momento se produce una doble fractura:

- El amor no se corresponde con las expectativas que se habían depositado en él.
- La duración no es eterna. Es más, comprende sólo un breve instante en la vida; es decir, no abarca la vida completa del “yo”. Se puede perder el amor – de hecho en la obra de ambos el análisis de tal pérdida es continuo – y, cuando esto ocurre, nuestros dos poetas sueñan que duermen, sueñan que sueñan.

Ambos presentan “el sueño” como un medio de evasión del mundo. La desilusión queda en el alma y el único medio de soportar la lucha constante entre el deseo y el mundo es el sueño.

En definitiva, Cernuda ha traducido, a manera de homenaje, a un poeta representativo del movimiento literario que está influyendo en su nuevo tono poético; pero, al mismo tiempo, él adapta sus poemas para reforzar su propio universo poético, que quedará cincelado, apuntalado, con sus dos libros siguientes: *Los placeres prohibidos* –donde llega a su cénit el surrealismo cernudiano– y *Donde habite el olvido*, que cierra un ciclo de su obra, abierto con *Perfil del aire*.